

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Gracias, Anita



El 4 de mayo la actriz Ana González cumplió 80 años. Con ese motivo hubo diversos actos en su honor. Uno de ellos se realizó en el Centro Cultural de la Estación Mapocho y fue ampliamente difundido por la prensa y la TV. Cuando los televidentes vieron al Presidente Frei entrar a la Estación acompañando a la actriz, deben haber pensado que la más alta autoridad de la República honraba a Anita. A mi juicio era la eminente actriz la que honraba al Presidente con su compañía.

En toda sociedad hay personalidades que por su talento y trayectoria han sabido ganarse el respeto, la adhesión y la admiración de todos sus miembros. Eso es lo que representa para los chilenos Anita González.

Una vez escuché decir a Eduardo Frei Montalva que preferiría llegar a una concentración acompañado de los grandes valores de nuestro mundo artístico y literario que rodeado de políticos. Su hijo, este 4 de mayo, tal vez sin conocer el pensamiento que al respecto

tenía su padre, daba cabal cumplimiento a esas expresiones.

Hay una característica en la larga vida artística de la octogenaria actriz sobre la cual no se ha puesto suficiente énfasis. Anita ha transitado con igual éxito por la cultura popular y por la cultura de elite. Y no es que de una haya pasado a la otra. Cuando ya había alcanzado el éxito en la alta comedia, en obras como "Contigo en la soledad" de O'Neil, "Pigmalión" de Bernard Shaw, y su inolvidable "Loca de Chaillot" de Giraudoux, siguió en la radio, en el cine y después en la TV interpretando sus personajes populares. En ella se da el caso, de muy rara ocurrencia, de alguien que llega por igual al iletrado y al culto.

Cuando representó "Pigmalión" el público pudo apreciar el proceso de su singular evolución. Anita hacía de Eliza Doolittle, una pobre florista que el azar pone en contacto con el

profesor Higgins, un lingüista que se interesa por su habla popular. Higgins hace una apuesta: sostiene que si le enseña a hablar y a comportarse, podría hacerla pasar por una encopetada dama de la sociedad. Y lo consigue. Al comienzo de la obra vemos a la Desideria, y al terminar vemos a la culta dama que es Anita. Pero a diferencia de Eliza, Ana no renegó de su pasado. La Desideria siguió viviendo. Y

tanto es así que las nuevas generaciones que no han visto a Anita como la Desideria conocen al personaje, que ya forma parte de nuestra cultura.

El decreto por el que se acordó condecorar a la actriz reconoce implícitamente esa dualidad al decir que la distinción se otorga a la actriz Ana González, alias La Desideria.

Pensando en su trayectoria se me viene a la memoria el

parlamento del "Don Juan" de Zorrilla, cuando dice: "Yo a las cabañas bajé y a los palacios subí"; pero allí donde el verso dice "y en todas partes dejé memoria amarga de mí", habría que cambiar el "amarga" por "hermosa".

Una de esas memorias hermosas corresponde a 43 años atrás, cuando un joven autor estrenó con éxito su primera obra. En el curso de las representaciones se suscitó un problema: había desertado la actriz que hacía un insignificante papel de empleada. ¿Cómo reemplazarla? Anita, que ya tenía merecida fama de gran actriz, aceptó hacer el insignificante papel con esa modestia y generosidad que caracterizan a las personas de excepción. La obra pudo seguir representándose, pero el joven autor, embolado tal vez por el súbito éxito, nunca agradeció ese gesto.

Más vale tarde que nunca, y por eso ahora termino estas líneas con un emocionado "Gracias, Anita".

POLITICA

VICTOR MALDONADO

Una puerta hacia el futuro

¿Qué está en juego en la discusión sobre las sanitarias? Desde luego, mucho más de lo que aparece, pues en ella se concentran todo tipo de cuestiones pendientes, tratadas a medias, pero que fueron dejando huella al menos en la Concertación.

En el fondo, lo que está en juego aquí son los criterios con que juzgamos las medidas que apuntan al desarrollo del país. Es decir, por medio de un elemento se está juzgando el modelo económico, con el propósito de que el desarrollo no sea algo que meramente nos está pasando, sino que sea algo sobre lo cual estamos decidiendo. Podría haber ocurrido con cualquier otra cosa, pero dio la casualidad de que empezó con lo de las sanitarias.

Hasta el momento el modelo económico ha sido algo incuestionado, casi un dato de la transición, sinónimo de la estabilidad del sistema. No obstante, un modelo se puede adoptar de un modo automático o de un modo reflexivo, y la diferencia es decisiva para una democracia.

El debate que se ha abierto no se cerrará sólo porque el Parlamento termine zanjando este punto específico. Probablemente la reflexión en que entrará el Parlamento no se traducirá en grandes cambios en las

medidas concretas, pero nos llevará mucho más lejos de lo que imaginamos, porque si lo que se pone en tela de juicio es el tipo de desarrollo que deseamos, habrá mucha gente interesada, y no sólo las elites políticas, en dar su opinión.

Así, la discusión sobre las sanitarias será muy interesante como síntoma de la necesidad de reflexionar en forma más profunda y más amplia, pero puede tener también un efecto político de gran envergadura, a saber, el de modificar el cuadro de las relaciones políticas a que estamos habituados.

En efecto, hemos llegado a considerar natural que cuando se tramita una ley se enfrenten en bloque la oposición y el gobierno, y que el destino de la ley dependa de que los bloques, actuando como tales, logren ponerse de acuerdo o, por el contrario, se topen con diferencias insalvables.

A partir de ahora, en cambio, bien podría llegar a parecernos que hemos estado viviendo en un mundo demasiado sencillo, pues los bloques, así como el proceso de toma de decisiones, dan signos de fragmentación.

De esa manera, podría ocurrir que algunos partidos se alíen con sectores de otros (de gobierno o de oposición), y

se enfrenten a grupos igualmente heterogéneos, también cruzados. Si alguien estima que esto es confuso, más lo creará cuando vea que los grupos en cuestión tampoco serán estables, pues únicamente los unirá una misma conclusión con respecto a un solo aspecto de la ley, pudiendo discrepar considerablemente en otros.

Lo complejo de la discusión sobre las sanitarias se presta maravillosamente a ello, porque aquí se reúnen tres proyectos diferentes: la ley general; la reforma de la ley de superintendencia, y la ley de tarifas. Un complicado puzzle que dará para mucho, porque las coincidencias varían según se trate del marco regulatorio o del grado de privatización que se quiera alcanzar.

Esto tiene gran significación, porque el apoyo cruzado puede convertirse en la modalidad con que normalmente se aprueben o rechacen los proyectos de ahora en adelante. Ello tendrá dos consecuencias inmediatas: primero, desdibujará aún más la influencia de las directivas partidarias en los congresales; segundo, dará un renovado realce a estos últimos, puesto que al dejar de actuar automáticamente en bloque, la opinión de los líderes parlamentarios cobrará mayor valor.

En suma, estamos frente a una puerta de entrada hacia cuestiones claves y novedosas: por una parte, pone en el tapete lo que se entiende por modernizar un sector específico; al mismo tiempo, constituirá un síntoma del grado de

congruencia que logren los bloques de uno y otro bando cuando analicen asuntos cruciales y complejos. Habrá que estar muy atento a lo que pase.

Sociólogo, miembro del Consejo de Redacción.

